

## V

### LA MESA BAJO LA HIGUERA

A ejemplo de San Francisco, su padre bien amado, fra Giovanni solía ir al hospital de Viterbo para curar á los leprosos. Les daba de beber y les lavaba las llagas.

Y si los enfermos blasfemaban, les decía: «¡Vosotros sois los preferidos de Jesucristo!» Y había leprosos humildes que congregaba en un cuarto, y con ellos se entretenía como una madre con sus hijos.

Pero los muros del hospital eran robustos, y el día sólo entraba por altas y estrechas ventanas. Y en este aire inficionado los leprosos apenas podían vivir. Y fra Giovanni observó que uno de ellos, llamado Lucido, hombre pacientísimo, sucumbía en aquel dañado ambiente.

Fra Giovanni amaba á Lucido, y le decía:

—Hermano, Lucido sois, y á los ojos de Dios no hay piedra más pura que nuestro corazón.

Y, notando que Lucido sufría más cruelmente

que los otros del olor pernicioso que se respiraba en el hospital, le dijo un día:

—Amigo Lucido, amada oveja del Señor: mientras que aquí se respira la peste, nosotros bebemos el perfume de los císisos en los jardines de Santa María de los Angeles. Venid conmigo á casa de los hermanitos. Allí veréis y gustaréis un hermoso cielo, y os sentiréis aliviado.

Hablando de esta suerte, cogió al leproso del brazo, cubrióle con su hábito y le condujo á Santa María de los Angeles.

Llegado ante la puerta del convento, llamó al hermano portero con alegres voces.

—Abrid—dijo—, abrid al amigo que os traigo. Llámase Lucido, y está bien llamado, porque es la perla de la paciencia.

El portero abrió la puerta. Pero cuando vió en brazos de fra Giovanni á un hombre cuyo rostro lívido y como mudo estaba cubierto de costras, reconoció á un leproso. Y, todo espantado, corrió á advertir al hermano guardián. Llamábase éste guardián Andrés de Padua y hacía vida santísima. Sin embargo, cuando supo que fra Giovanni traía un leproso al convento de Santa María de los Angeles, se irritó grandemente. Dirigiéndose á él, le dijo con el rostro inflamado de cólera:

—Quedáos fuera con ese hombre. Habéis perdido el juicio, poniendo á vuestros hermanos en riesgo de sufrir el contagio.

Sin responder nada, fra Giovanni inclinó la cabeza. La alegría se borró de su rostro. Y Lucido, conociendo su pena:

—Hermano—le dijo—, siento mucho que os contristéis por mi culpa.

Y fra Giovanni besó al leproso en la mejilla.

Luego dijo al guardián:

—¿Padre, me permitiréis que viva fuera con este hombre y que compartamos mi comida?

El guardián respondió:

—Haced lo que se os antoje, puesto que os emancipáis de la santa obediencia.

Dijo, y reingresó en la casa.

Ante la puerta del convento había un banco de piedra bajo una higuera. En este banco puso fra Giovanni su escudilla. Y mientras yantaba con el leproso, el guardián abrió la puerta. Y vino á colocarse bajo la higuera diciendo:

—Fra Giovanni, perdonadme si os he ofendido. Vengo á compartir vuestra comida.

## VI

## LA TENTACIÓN

Satanás tomó asiento en la falda de una colina y observó la casa de los hermanos. Era negro y bello, semejante á un joven egipcio. Y pensó para sus adentros:

—Porque soy el adversario y porque soy el otro, tentaré á estos frailes y les diré lo que calla. El que es su amigo. Y afligiré á estos religiosos diciéndoles la verdad y les contristaré pronunciando cuerdos discursos. Les clavaré el pensamiento como una espada en el costado. Y cuando conozcan la verdad, serán desgraciados. Pues sólo hay alegría en la ilusión y la paz sólo existe en la ignorancia. Y porque soy el maestro de los que estudian la naturaleza de las plantas y de los animales, la virtud de las piedras, el secreto del fuego, el curso de los astros y la influencia de los planetas, los hombres me han llamado el príncipe de las tinieblas. Y me llaman el maligno porque yo construí el cordón con que Ulpiano enderezó

la ley. Y mi reino es de este mundo. Pues bien, yo tentaré á estos monjes, y les demostraré que sus obras son malas, y que el árbol de su caridad produce amargos frutos. Y les tentaré sin odio y sin amor.

Así se habló Satanás. Entre tanto, como las sombras de la noche se prolongaban al pie de las colinas y los techos de las chozas humeaban, el santo hombre Giovanni abandonó el bosque donde había ido á hacer oración y tomó por el camino de Santa María de los Angeles, murmurando:

—Mi casa es la casa de las delicias, porque es la casa de la pobreza.

Y viendo marchar á fra Giovanni, pensó Satán:  
—Este es uno de los que yo tentaré.

Y cubriéndose la cabeza con su capa negra, salió por el camino de terebintos al encuentro del santo hombre.

Y se transformó en una viuda enlutada. Cuando se hubo incorporado á fra Giovanni fingió una voz melosa para demandarle limosna, diciendo:

—Dadme una limosna por amor Del que sois amigo é indigno yo de nombrar.

Y fra Giovanni respondió:

—Precisamente llevo una tacita de plata que cierto señor del país me ha dado para fundirla y emplearla en el altar de Santa María de los Angeles. Podéis tomarla, señora; mañana rogaré al

buen señor que me dé otra del mismo peso para la Santa Virgen. Así se cumplirán sus deseos y habréis recibido la limosna por amor de Dios.

Satanás recogió la taza y dijo:

—Buen hermano, permitid á una pobre viuda que bese vuestra mano. La mano que da es dulce y perfumada.

Fra Giovanni respondió:

—Señora, no me beséis la mano. Al contrario, alejáos lo antes posible. Pues se me antoja que tenéis bello rostro, aunque negro como el rey mago que lleva la mirra. Y es conveniente que yo no os vea. Pues todo es peligroso para el solitario. Así, pues, permitidme que os abandone encomendándoos á Dios. Y perdonadme si soy poco galante. Pues el buen San Francisco tenía costumbre de repetir: «La cortesía será el adorno de mis hijos como las flores adornan á las colinas.»

Pero Satanás insistió:

—Padrecito mío, enseñadme al menos una hostería donde honestamente pueda pasar la noche.

Fra Giovanni respondió:

—Id, señora, á la casa de San Damián, donde están las damas pobres de Nuestro Señor. Os recibirá Clara, limpio espejo de pureza, que es la duquesa de la Pobreza.

Y Satanás aún insistió:

—Padre, soy una mujer adúltera que me he ofrecido á muchos hombres.

Y fra Giovanni le dijo:

—Señora, si yo os creyese cargada con los pecados que decís, tendría á gran honra el pedir os permiso de besar vuestros pies, pues yo valgo menos, y vuestros crímenes son leves comparados con los míos. No obstante, se me han otorgado gracias superiores á las vuestras. Pues mientras San Francisco y sus doce discípulos estuvieron en la tierra me fué permitido vivir entre ángeles.

Y Satanás replicó:

—Padre mío, cuando os demandé la limosna en nombre de Aquel que amáis, formulé en mi corazón un mal designio. Y deseo comunicároslo. Voy mendigando por los caminos con manto de viuda para recoger cierta cantidad de dinero que destino á un hombre de Perusa que goza de mi cuerpo, y que se ha comprometido, si recibe ese dinero, en matar por sorpresa á un caballero que odio, pues habiéndome ofrecido á él me ha despreciado. Ahora bien, la suma era insuficiente. Pero el valor de vuestra taza de plata lo ha completado. Y la limosna que me habéis concedido será el precio de su sangre. Habéis vendido á la justicia. Pues el tal caballero es casto, sobrio y piadoso, y por eso mismo le aborrezco. Y sois vos quien causa su muerte. Habéis puesto una pesa de plata en la balanza del crimen.

En oyendo este discurso, lloró el buen fra Giovanni. Y desviándose á un lado, cayó de hinojos

en una zarza punzante, y rogó al Señor diciendo:

—Señor, permite que este crimen no recaiga sobre esta mujer, ni sobre mí, ni sobre ninguna de vuestras criaturas; sino que se humille ante vuestros pies agujereados por los clavos, y sea lavado con vuestra sangre preciosa. Dejad caer sobre mí y sobre mi hermana pecadora una gota de vuestro hisopo y quedaremos purificados y en blancura excederemos á la nieve.

Entre tanto, el adversario se alejó murmurando:

—No he podido tentar á este hombre por su extrema insipiencia.

## VII

### EL DOCTOR SUTIL

Satán volvió á sentarse en la montaña que, de cara á Viterbo, ríe bajo su corona de olivos. Y pensó:

—Yo tentaré á ese hombre.

Y formuló este propósito en su espíritu, porque había visto á fra Giovanni que, ceñido con un cordel y llevando un saco á la espalda, cruzaba la pradera camino de la población para mendigar su pan, según la regla.

Y Satanás se transfiguró en un santo obispo y descendió á la pradera. Una mitra resplandeciente llevaba en la cabeza, y las piedras de esta mitra despedían verdaderas llamas. Su capa estaba cubierta de figuras bordadas y de estampaciones tales, que ningún artista del mundo las hubiese hecho idénticas.

En ellas estaba representado él mismo, con seda y oro, bajo la apariencia de un San Jorge y de un San Sebastián, y también bajo la forma de la vir-

gen Catalina y de la emperatriz Elena. La hermosura de estos rostros difundía turbación y tristeza. Y la capa era de un maravilloso artífice. Nada tan rico puede encontrarse en el tesoro de las iglesias.

Así, ostentando mitra y capa, y semejante en majestad al San Ambrosio de que Milán se honra, Satanás marchó, sustentado en su báculo, por la pradera florida.

Y, acercándose al santo hombre, le dijo:

—La paz sea con vos.

Pero no dijo qué clase de paz. Y fra Giovanni supuso que era la paz del Señor. Pensó:

—Este obispo que me dirige el saludo de paz, fué sin duda en vida un santo pontífice y un martir inquebrantable en su constancia. Por eso Jesucristo ha cambiado en manos de su confesor, el báculo de palo por el báculo de oro. Este santo es hoy poderoso en el cielo. Y he aquí que tras su muerte bienaventurada, se pasea por la pradera matizada de flores y bordada con las perlas del rocío.

Así pensó el santo hombre Giovanni, sin experimentar ninguna sorpresa. Y, habiendo saludado á Satán con gran reverencia, le dijo:

—Señor, sois demasiado misericordioso al mostraros á un pobre hombre como yo. Pero esta pradera es tan bella que no puede maravillar si los santos del paraíso se pasean por ella. Matizada

está de flores y bordada con las perlas del rocío, y es una obra amable de Dios.

Y Satanás le dijo:

—No es la pradera, sino tu corazón lo que deseo observar: por hablarte he descendido de la montaña. Durante siglos he discutido grandemente en la Iglesia. En las asambleas de los doctores mi voz resonaba como el trueno; mi pensamiento brillaba como el relámpago. Soy sapientísimo y me llaman el Doctor Sutil. He discutido con los ángeles. Y quiero discutir contigo.

Fra Giovanni respondió:

—¿Cómo un pobrecito podrá discutir con el doctor Sutil? Yo no sé nada, y es tanta mi estupidez, que sólo puedo retener en la cabeza las canciones compuestas en lengua vulgar cuando ayudan á la memoria por medio de la rima, como en: *Permite Jesús, espejo santo—Que mi corazón no conozca el llanto; ó en: Santa María.—Virgen florida.*

Y Satanás respondió:

—Fra Giovanni, las damas de Venecia se entretienen en mostrar su habilidad colocando gran número de piezas de marfil en una caja de cedro, que á simple vista parece demasiado pequeña para contenerlas. Así infundiré yo las ideas en tu cerebro, que antes parecía no poderlas recibir. Y te inspiraré nueva sabiduría. Yo te demostraré que, pensando marchar por el recto camino, tro-

pezas como un beodo, y que diriges el arado sin cuidarte de que los surcos sean paralelos.

Fra Giovanni se humilló, diciendo:

—La verdad es que soy un insensato, y que sólo sé realizar el mal.

Y Satanás le dijo:

—¿Qué piensas de la pobreza?

El santo hombre contestó:

—Creo que es una perla preciosa.

Y replicó Satanás:

—Supones que la pobreza es un gran bien, y sustraes á los pobres parte de ese bien ofreciéndoles una limosna.

Y fra Giovanni meditó y dijo:

—La limosna que les doy se la ofrezco á Nuestro Señor Jesucristo, cuya pobreza no puede amenguarse. Pues ella es infinita, y brota de él como una fuente inextinguible, y él la distribuye entre sus preferidos. Y estos serán siempre pobres, según la promesa del hijo de Dios. Dando á los pobres, nada doy á los hombres, sino á Dios; como los ciudadanos pagan el impuesto al podestá, aunque el impuesto es para la ciudad, que provee á sus necesidades con el dinero que percibe. Y lo que yo doy es para empedrar la ciudad de Dios. Inútil es ser pobre de hecho, si no se es pobre de espíritu. Pues la verdadera pobreza reside en el espíritu. El tosco sayal, el cordón, las sandalias, la alforja y la escudilla de madera sólo

son imágenes recordatorias. La pobreza que amo es espiritual, y yo le digo: «Dama mía», porque es una idea y toda belleza radica en esa idea.

Satanás replicó risueño:

—Fra Giovanni, tus máximas son las de un sabio de Grecia llamado Diógenes, que enseñaba en las Universidades, hacia el tiempo en que guerreaba Alejandro de Macedonia.

Y Satanás prosiguió:

—¿Es cierto que desdeñas los bienes de este mundo?

Y Fra Giovanni repuso:

—Los desdeño.

Y Satanás le dijo:

—Observo que desprecias al mismo tiempo á los hombres laboriosos que, al producirlos, realizan la orden comunicada á tu padre Adán, cuando se le dijo: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Puesto que el trabajo es bueno, bueno es el fruto del trabajo. Sin embargo, tú no trabajas ni te preocupas del trabajo ajeno. Pero recibes limosna lo mismo que la das, despreciando así la ley impuesta á Adán y á sus descendientes por los siglos de los siglos.

—¡Ay!—suspiró el hermano Giovanni—. Estoy cargado de culpas y soy el hombre más desatinado y á la vez más inepto del mundo. No me miréis siquiera, y leed el libro. Nuestro Señor ha dicho: «Los lirios de los campos no trabajan ni hilan».

Satanás elevó entonces la mano como quien discute y se prepara á contar por los dedos sus argumentos. Y dijo:

—Giovanni, lo que se ha escrito en un sentido tú lo traduces en otro, y, al estudiar en tus libros, menos te pareces á un doctor ante su mesa que á un asno ante el pesebre. Voy, pues, á reprenderte como un maestro reprende al discípulo. Se ha dicho que los lirios de los campos no tienen necesidad de hilar, porque son bellos, y la belleza es una virtud. Y también se ha dicho que María no tiene que cuidar de la casa, porque tiene que departir de amor con quien la visita. Pero tú, que no eres bello, ni te instruyes como María en materias de amor, tú arrastras lamentablemente por los caminos una vida ignominiosa.

Giovanni respondió:

—Señor, como un pintor hábil pinta en una estrecha tablita una ciudad entera con sus casas, sus torres y sus muros, así habéis pintado en pocas palabras mi alma y mi rostro con maravillosa exactitud. Y en verdad que soy lo que habéis dicho. Pero si yo observase estrictamente la regla establecida por San Francisco, el ángel del Señor, y practicase la pobreza espiritual, yo sería el lirio de los campos y tendría la gracia de María.

Y Satanás le interrumpió diciendo:

—Pretendes amar á los pobres. Pero prefieres

al rico y á sus riquezas, y adoras á Aquel que posee y distribuye los tesoros.

Y Giovanni respondió:

—El que yo amo posee, no los bienes del cuerpo, sino los del espíritu.

Y Satanás replicó:

—Todos los bienes son de carne y se gustan por la carne. Esto lo ha enseñado Epicuro, y Horacio el satírico lo ha puesto en sus cantos.

Al oír estas palabras, suspiró el santo hombre Giovanni:

—¡Señor, no os entiendo!

Satanás se encogió entonces de hombros, y dijo:

—Mis palabras son exactas y literales, y este hombre no las comprende. Y yo he disputado con Agustín y Jerónimo, con Gregorio y el que han llamado Boca de Oro. Y ellos aún me entendían menos. Los hombres miserables marchan á tientas en las tinieblas, y el Error eleva sobre sus cabezas su disco inmenso. Los sencillos y los sabios son el juguete de la eterna mentira.

Y Satanás dijo todavía al santo hombre Giovanni:

—¿Posees la felicidad? Si la felicidad posees, yo no prevaleceré contra ti. Pues el hombre sólo piensa en el dolor, y sólo medita en la tristeza. Y atormentado de temores y deseos, anhelante, agítase en su lecho y desgarrá su cabezal de

mentiras. ¿Por qué tentar á este hombre? El es feliz.

Pero el hermano Giovanni suspiró:

—Señor, desde que os he oído, soy menos feliz. Y vuestras palabras me conturban.

Al oírle, Satanás arrojó su báculo pastoral, su mitra y su capa. Y apareció desnudo. Y era negro y más hermoso que el más hermoso de los ángeles.

Y sonrió dulcemente, y dijo al santo hombre:

—Tranquilízate, amigo mío. Yo soy el espíritu malo.



## VIII

### EL CARBÓN ENCENDIDO

Pues bien; el hermano Giovanni era sencillo de corazón y de espíritu, y su lengua estaba anudada: no sabía hablar á los hombres.

Pero un día en que oraba, según era su costumbre, al pie de una vieja encina, un ángel del Señor se le mostró y le saludó diciendo:

—Yo te saludo, pues soy el que visita á los sencillos y anuncia los misterios á las vírgenes.

Y el ángel tenía en su mano un carbón encendido. En los labios del santo depositó el carbón. Y prosiguió diciendo:

—Por este fuego, tus labios perseverarán puros y serán ardientes. Y la quemadura que yo te hago subsistirá. Tu lengua se verá libre y hablarás á los hombres. Pues es necesario que los hombres oigan la palabra de vida y sepan que sólo podrán salvarse por la simplicidad del corazón. Por eso el Señor ha desligado la lengua del simple.

Y el ángel se volvió al cielo. Y el santo hombre

Giovanni se quedó lleno de espanto. Rogó y dijo:  
—Dios mío, es tan grande la zozobra de mi corazón, que no siento en los labios la dulzura del fuego que vuestro ángel puso en ellos.

»Queréis castigarme, Señor, cuando me designáis para hablar á los hombres que no podrán entenderme. A todos seré odioso, y vuestros mismos sacerdotes exclamarán: «¡El blasfemo!»

»Pues vuestra razón es contraria á la razón de los hombres. Pero que vuestra voluntad se cumpla.

Y, alzándose del suelo, se encaminó á la ciudad.